

La caída de las democracias hacia el partido único

Viernes, 18 de noviembre de 1938

No es necesario, para nosotros los demócratas, el juicio del partido único, cortejo de la dictadura, cuadro de mando colocado bajo la obediencia del dictador.

Esa noción monstruosa que destruye y contradice la esencia misma de los partidos políticos, necesariamente múltiples y opuestos, sólo es la negación absoluta de la democracia. Es la privación de la libertad, incluso para sus partidarios más entusiastas, la desigualdad absoluta, escandalosa, entre los maestros del poder y sus víctimas, que no pueden en absoluto declararse como oposición. Es también el odio como fórmula de relación entre los ciudadanos, con la continuación de tareas humillantes, y llegado el caso de horrores espantosos.

En el terreno práctico el partido único es la oscuridad de una administración no vigilada; la prodigalidad de las finanzas al servicio de las veleidades suntuosas; el peligro exterior para sostener las exigencias del prestigio, y desviar la atención del país; a fin de cuentas, la catástrofe por la imposibilidad del desarrollo pacífico, desde el momento en que se cierran cuidadosamente las apuestas para la renovación normal, enfrente de un fracaso del gobierno.

En fin, el partido único es necesariamente y por definición el partido inicuo.

Pero hay en el fondo de ese fenómeno tan extendido, otro aspecto, que se convierte en el más importante si queremos poner en guardia a las democracias contra la facilidad de sus derrumbamientos tan repetidos. No debemos ver en ello una simple influencia de la moda o un ejemplo más en la aplicación de las leyes sociales de la imitación. Las democracias se creen tan separadas del partido único como de las dictaduras, se creen libres del peligro por la distancia.

[...]

Existe también la prolongación agravada y crónica del desorden en la economía, preludio de un desasosiego social, preparación fácil de los espíritus

para admitir el remedio de una dictadura solamente económica, que reclama por lo demás para ser eficaz otra dictadura que la complete, con el apoyo de un partido único.

Una forma más larvada aún —y más inofensiva en apariencia— de ese descrédito del régimen, es cuando aparece la confesión, o la constatación de la esterilidad parlamentaria. Se plantea entonces la necesidad de alejarse de ella para hacer otra obra útil, y se observa la oposición sorprendente entre los grandes problemas del país y la preferencia de las preocupaciones parlamentarias para los intereses y las metas de los partidos y de los elegidos mismos.

Otro peligro llega cuando las democracias modernas alcanzan con un corazón ligero la lucha apasionada entre dos concepciones extremas, con dos formaciones de combate que caminan directamente a la dominación asegurada de cada una usando la intransigencia y unos métodos de guerra, pidiendo un jefe único y también el partido único.

Se llega a la misma etapa, pero más sosegadamente, por dos desvíos, si el régimen electoral favorece a los partidos extremistas y las soluciones exageradas borrando los partidos medios y empujando al elector, por el temor a la ineficacia de su veto, a darlo, a disgusto, notablemente más lejos, a la derecha o a la izquierda, de lo que deseara.

[...]